



De un plumazo, la decisión de Trump borra los avances del entendimiento entre Cuba y la MLB.

Elsa Ramos Ramírez

COMO el típico cubo de agua fría. Así cayó sobre los sueños de millones de cubanos, peloteros o no, la nota sobre la cancelación por la administración de Donald Trump del acuerdo entre las Grandes Ligas del Béisbol (MLB por sus siglas en inglés) y la Federación Cubana de este deporte, rubricado en diciembre pasado y que abriría las puertas legales de la gran carpa a jugadores de la isla.

Lo que, desde hace unos meses, cuatro exactamente, hizo soñar con los ojos abiertos a peloteros cubanos enmarcados en las exigencias del convenio —mucho más a los 34 “elegibles” anunciados hace poco—, se convirtió, en días, en una pesadilla, la misma —y quizás peor— que han vivido generaciones de cubanos en las últimas seis décadas.

La trasmutación la provocó una de las administraciones más oscuras que ha vivido Estados Unidos, esta vez animada por personajes tan retrógrados como Marcos Rubio y John Bolton, con la “cláusula” de que la Federación forma parte del Gobierno cubano y que este busca, según el segundo, “usar a los jugadores de béisbol como peones económicos”. En sus delirios, dijo que el “pasatiempo nacional de Estados Unidos no debe permitir el apoyo del régimen cubano a Maduro en Venezuela”.

Mientras usted intenta interpretar el intrínsculo de este discurso canceroso, volvamos a los sueños. Soñemos que Cuba —como deberá pensar en hacerlo en un futuro— cree la famosa Asociación de Peloteros, algo así

como un sindicato, como existe en otras naciones y que es la vía que se entiende contractualmente con una Agencia de Representación con licencia de MLB.

Soñemos, también, que en lugar de una lista como ahora —igualmente cuestionable al no explicar el criterio de selección y restringir a jugadores con mejores condiciones en relación con algunos de los incluidos—, Cuba, reglas mediante, “libere” a todos los peloteros, al menos para ser “escauteados”.

Si mañana resolvemos cambiar estas y otras cuestiones a revisar, como la famosa representatividad del jugador por parte de nuestra Federación, entonces Trump y sus secuaces buscarían otra contrapeloza política para derogar igual el acuerdo porque, en el fondo —y en la superficie también— lo que realmente les importa es llevarnos de nuevo a la pesadilla. Y ello es: el estímulo al éxodo por vías legales e ilegales, el tráfico de personas con sus tragedias y negocios turbios, la renuncia a la ciudadanía, la exposición de los jugadores a cuanta “traquimaña” se ha orquestado de aquí hacia atrás.

Lo que les interesa a Trump y sus amiguitos es tratar de estrangular el béisbol por la vía de la socavación de su talento, y degradar, poco a poco, la esencia de uno de los símbolos de la Revolución y uno de los soportes emocionales del cubano. O sea, darnos donde nos duele.

Porque, efectivamente, duele y mucho. Convergamos en que por la política de exclusión y condicionamiento migratorio a que están expuestos solo los peloteros cubanos, esta ruptura hiere, por encima de todo, al

Del sueño a la pesadilla

Después de años de acercamiento y mucha negociación, el pacto entre las Grandes Ligas y la Federación Cubana de Béisbol hace agua. Jugadores cubanos tendrían que seguir desertando para jugar en las Mayores

béisbol nuestro, el más interesado y beneficiado con la firma de diciembre pasado. De ahí que de esta parte se avanzara un poco más rápido como con el anuncio de la lista, pues la MLB sigue con sus puertas abiertas a otros mercados menos complejos y menos políticos.

Sin echar a un lado los beneficios económicos que todo el mundo sabe representarían para peloteros, familiares, deporte y país —como ocurre en República Dominicana, donde los ingresos de sus profesionales ocupan lugares de privilegio en el PIB—, lo que realmente reconfortaba del convenio era su apuesta por la legalidad, protección, normalidad.

Es también de insensatos pensar, como Bolton, que ese dinero por la venta de peloteros sería la salvación de un país que lleva 60 años sobreviviendo sin dichas millonarias entradas, y que se las ha arreglado para sostenerse pese al asfixiante bloqueo norteamericano.

Justo por esa senda se mueve la decisión de Trump. Al acuerdo le tocó nacer en el peor de los contextos; más bien parecía un ave rara en medio de tanta hostilidad vomitada desde la Casa Blanca. Su cancelación es tan solo la más reciente de las medidas contra Cuba. Sin sentarse en su silla presidencial, ya anunciaba un retroceso de todo lo que en materia de mejoramiento de relaciones se había logrado con el mandato de Barack Obama, incluidos su famosa visita con un equipo de las Grandes Ligas y el impulso al acuerdo cancelado días atrás.

Quien ahora realiza el cierre de un convenio que ya había recibido el visto bueno de la Oficina de Control de Activos Extranjeros, del Departamento del Tesoro, por la licencia otorgada a la MLB desde el 2016, es el mismo Trump que limitó las visitas de sus nacionales a Cuba, limitó el envío de reme-

das y los acuerdos comerciales, inventó los ataques sónicos para restringir el personal de la embajada de su país en La Habana; es el mismo Trump que anuncia una guerra en Venezuela, revive la Ley Helms-Burton y sanciona embarcaciones y compañías que participan en el transporte de combustible entre Cuba y Venezuela, entre una larga lista de acciones hostiles.

De hecho, en lo personal, lo que más extraño me resultó siempre —y además no se aclaró nunca— es cómo la Federación Cubana podría cobrar su 25 por ciento en medio de tantas prohibiciones.

De momento, el sueño se trocó en desazón para la familia del béisbol cubano, que es como decir el país. Y la contrariedad se acrecienta en un contexto en que decenas de peloteros que se encontraban en diversas naciones regresaron a la suya con la esperanza anclada en las probables ventajas del acuerdo, mientras otros, los de la lista y posibles “elegibles”, animaban sus expectativas; aunque como ya dije antes, una cosa es la lista y los nominados.

Vuelven a atizarse la incertidumbre, el riesgo, la preocupación, sin olvidar que el cierre a las MLB trunca, igualmente, el acceso a sus sucursales en el mundo. Y de ejemplo volvemos a los casos de Frederick Cepeda y Roel Santos, fichados por un club mexicano, que no tiene que ver con la noticia más reciente; pero también parece haberse enlodado en el diabólico camino de la contratación.

Mas, como de todo se sale, hasta de los malos sueños, al béisbol cubano y al país les toca sacudirse —y rápido— para, después del shock, retornar al mismo punto donde nos despertamos el día en que la almohada nos hizo mirar como posible la quimera de entrar a las Grandes Ligas por el césped de la normalidad.

Juveniles: otra vez el síndrome

Luego de una meritoria arrancada en el Campeonato Nacional de Béisbol Juvenil, el equipo espirituano se quedó sin medallas

De estar casi a las puertas de la discusión del título a irse sin ningún metal en el pecho, el equipo espirituano de béisbol volvió a ser víctima del síndrome de la derrota en el Campeonato Nacional Juvenil, que finalizó esta semana en la tierra del Yayabo.

El mal, que ha atacado a más de un elenco de este deporte y de otras disciplinas en la provincia, asomó sus pezuñas en la última fase de la regular y se consumó en el partido decisivo por una de las tres preseas que repartió el evento, ganado por Santiago de Cuba.

Luego de triunfar en los primeros tres encuentros, los gallitos cedieron ante los santiagueros y llegaron al último choque de la regular contra Matanzas con claras opciones de ser el rival de Granma, primer clasificado en la batalla por el título y subcampeón del torneo a

la postre. Solo debían ganarle en su patio del José Antonio Huelga a los yumurinos, quienes llegaron a ese juego sin marcar en las casillas de las victorias. Mas... sobrevinieron los peros de siempre.

A duras penas empataron el partido en sus postrimerías hasta que llegó la lluvia y obligó a detenerlo a la salida del noveno, cuando Sancti Spiritus tenía las bases llenas con un out. En la reanudación del juego al día siguiente, otro pero: el de la incapacidad para definir un juego crucial.

Ninguno de los dos bateadores en turno pudo fletar la carrera del gane, pese a que los matanceros extrajeron del terreno a más de un regular y mantuvieron en el box a Lian León, un pitcher con solo dos innings lanzados hasta ese momento. Luego, con la regla Schiller en acción, sus rivales marcaron dos ante el mejor relevista

yayabero, Edwin Parra, y los nuestros se quedaron cortos con una.

Lo que vino después fue la crónica de un síndrome anunciado. La tropa de Irolando Ulloa no pudo levantar el ego y cedió 0-3 ante Camagüey en la discusión del bronce en un partido en el que una docena de corredores quedaron a la espera de un batazo oportuno, uno de los males que le costó otra vez el acceso a las medallas a este elenco, que tampoco pudo contar con una victoria de su as Luis Dany Morales, aunque salió dos veces a la lomita.

De tal suerte, lo que pudo ser —no demeritamos el cuarto lugar— se desdibujó frente a la afición que siguió al equipo —en una sede que de nuevo se vistió de largo en la organización— y se sigue preguntando: ¿hasta cuándo el síndrome? (E. R. R.)



La tropa de Irolando Ulloa no respondió en el momento necesario. Foto: Vicente Brito